

La Comédiathèque

Breves del tiempo perdido

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>

Breves del tiempo perdido

Jean-Pierre Martinez

Comedia de sketches sobre el tiempo, la vida, la muerte, el amor y el eterno retorno...

De dos a tres personajes por sketch. Reparto muy flexible en número y género.

Despertar.....	3
1. Maniobras de aproximación.....	6
2. Amor para siempre.....	8
3. Autopista.....	9
4. Diferencia horaria.....	11
5. Partida de pesca.....	13
6. Exceso de lentitud.....	15
7. Fuera de temporada.....	18
8. Tiempo perdido.....	20
9. Perdido de vista.....	23
10. Flechazo.....	25
11. A destiempo.....	30
Pausa.....	34
12. Cara a cara.....	36
13. 107 años.....	38
14. Lección de vida.....	40
15. Memoria caché.....	41
16. Recuerdos.....	43
17. Proyectos de futuro.....	44
18. Vacaciones.....	45
19. Primer amor.....	47
20. Ni frío ni calor.....	50
21. Mortal.....	52
22. Ingravidez.....	54
23. Inmobiliaria espacial.....	55
24. Trinidad.....	58
25. No es el fin del mundo.....	60
Telón.....	62

Despertar

La luz se enciende poco a poco. Una pareja duerme bajo una sábana. Se oye un golpeteo seguido de tres golpes, como en el teatro. Él se despierta sobresaltado y se cae de la cama. Lleva un pijama de rayas que recuerda a un uniforme de preso. Se frota las costillas con una mueca y mira a su alrededor como si no reconociera nada. Contempla sorprendido su pijama, se levanta y recorre la habitación buscando una salida, pero no encuentra ninguna. Se queda inmóvil al descubrir al público que lo observa. Sacude la cabeza, como para ahuyentar una pesadilla, vuelve hacia la cama y se encuentra cara a cara con Ella, también en pijama de rayas, que se ha despertado mientras él estaba de espaldas. Los dos gritan aterrorizados al verse.

Ella y Él – ¡Ah!

Ella (*tapándose el pecho con las manos*) – ¿Qué hace usted aquí?

Él – ¿Y usted?

Ella se levanta y repite más o menos los mismos movimientos que él, mientras este la observa.

Ella – Pero... ¿dónde estamos?

Él – Ni idea...

Ella – ¿Al menos recuerda cómo se llama?

Él (*negando con la cabeza*) – ¿Y usted?

Ella – Si estamos en una colonia de vacaciones, seguro que lleva el nombre en una etiqueta cosida por dentro del pijama. Déjeme ver...

Se acerca para mirar por dentro del cuello del pijama. Él retrocede, pero finalmente se deja hacer.

Ella – ¡Ah, sí, aquí pone algo! No consigo leerlo. Quítese la chaqueta, a ver...

Él acaba por quitarse la parte de arriba del pijama. Queda con el torso desnudo y se muestra algo incómodo. Ella se inclina para leer la etiqueta.

Ella – Adán...

Él – ¿Como la nuez...?

Ella – ¡Como nombre de pila! (*Él parece desconcertado y se frota distraídamente las costillas.*) ¿Se ha hecho daño?

Él – No es nada. Debo de haberme fisurado una costilla al caerme de la cama. (*Pausa.*) ¿Y usted?

Ella – No, yo estoy bien...

Él – Quiero decir que usted también puede tener el nombre en alguna etiqueta. Déjeme ver...

Él se acerca, pero ella lo detiene con un gesto firme.

Ella – ¡Eso ya lo veremos más tarde!

Él – ¿Una colonia de vacaciones...? ¿Usted cree? Aquí no hay nadie...

Ella – Puede que seamos los primeros...

Él – O los últimos... *(Recorren la habitación cada uno por su lado y vuelven a encontrarse.)* ¿No nos hemos visto antes en alguna parte?

Ella – Quizá en sus sueños... Entonces, ¿no ve ninguna forma de salir de aquí?

Él – ¡Oiga, que no estamos casados! ¿Por qué tengo que ser yo quien nos saque de aquí?

Ella – Perdona...

Él – Bueno... ¿Qué hacemos?

Ella – ¿Tenemos que hacer algo necesariamente?

Él *(decidido)* – No soporto estar sin hacer nada. *(Dicho y hecho.)* ¡Me vuelvo a la cama!

Ella – Bueno...

Él – A lo mejor es una pesadilla... Y cuando nos despertemos, todo irá mejor...

Ella – O peor...

Se disponen a acostarse de nuevo, algo incómodos ante la idea de compartir la misma cama.

Él – ¿Prefiere algún lado?

Ella – No...

Él – Pues entonces vuelvo a ponerme en este.

Se tumba en el mismo lado que antes.

Ella – Qué pronto se acostumbra uno a sus pequeñas manías...

Ella se acuesta al otro lado, pero no parece tener ganas de dormir.

Él – ¿Puedo apagar la luz?

Ella – Me habría gustado leer un rato, pero ni siquiera tenemos el texto de la obra...

Él – Pues apago. *(Busca el interruptor.)* No veo ningún interruptor... *(La luz baja poco a poco.)* ¡Ah, ya está! *(Se vuelve hacia ella.)* Bueno... Hasta uno de estos días, entonces...

Ella – Eso... Hasta uno de estos días...

Oscuro.

Ella – ¿Pongo el despertador?

Él – ¿Mañana no es domingo?

Ella – De todas formas, tampoco tenemos despertador...

1. Maniobras de aproximación

Están sentados uno al lado del otro. Ella duerme apoyada en el hombro de él. Se despierta poco a poco y da un pequeño respingo.

Ella – Perdón, lo siento... Pero tendría que haber...

Él – No me he atrevido a despertarla...

Ella – ¿He dormido mucho?

Él – Ya hemos iniciado la aproximación...

Ella – ¿Cómo dice?

Él – Quiero decir... Las maniobras de aproximación... ¡Para aterrizar!

Ella – Ah, claro...

Ella se arregla un poco el pelo.

Él (*intentando entablar conversación*) – ¿Está de vacaciones?

Ella – Eh... No... Voy a reunirme con mi marido...

Él – Ah... ¿A qué se dedica?

Ella – Es... médico... Trabaja para una ONG...

Él – Ah, claro... En un país como este, aparte del turismo y la ayuda humanitaria... Algo de prostitución... Y narcotráfico, por supuesto...

Ella (*desconcertada*) – ¿Y usted? ¿Está de vacaciones?

Él – Eh, no... Me dedico al tráfico de armas.

Ella – ¿Quiere decir...?

Él – Fusiles de asalto, lanzacohetes, minas antipersona... Acabo de conseguir un lote de tanques casi nuevos. ¿Le interesan?

Ella – Gracias... Mi marido ya tiene un todoterreno...

Él – Hace bien. Es mucho más práctico. Un tanque es difícilísimo de aparcar y gasta tanto como un avión de pasajeros.

Se produce un silencio incómodo, seguido de una sacudida que los intérpretes pueden sugerir con un pequeño sobresalto.

Él – Ah, ya está... Hemos aterrizado. (*Se levantan.*) Bueno, pues... Encantado de conocerla.

Ella – ¿De verdad... se dedica al tráfico de armas?

Él – No. Lo he dicho para caerle mal y no quedarme con las ganas. Una mujer casada... con un médico de una ONG... Es difícil competir con eso. ¿Y usted?

Ella – ¿Yo?

Él – ¿Está casada de verdad?

Ella – Eh... Bueno, en realidad no...

Él – Está soltera y de vacaciones, como yo.

Ella – Voy al complejo turístico... No me diga que usted también...

Él – Vamos todos. Es un vuelo chárter...

Ella (*con inocencia*) – ¿Ah, sí...?

Él – ¿Estaba dormida de verdad?

Ella – No... Por suerte para usted. Ronco...

Él – ¿La invito a una copa esta noche en el bar?

Ella – Tengo el paquete de todo incluido, con bebidas gratis. ¿Usted no?

Él – Sí... Será mejor que bajemos o el avión volverá a despegar. Hace dos viajes al día... Después de usted... (*Se dirigen hacia la salida.*) ¿No estuvo aquí el año pasado?

Ella – Sí...

Él – Me parecía haberla reconocido...

2. Amor para siempre

Ella y Él están juntos, muy acaramelados.

Ella – Estamos bien así, ¿verdad?

Él – Sí...

Ella – ¿Me quieres?

Él – Sí.

Ella – ¿Me querrás siempre?

Él – ¿Siempre?

Ella – No sé... ¿Me querrás durante cincuenta años?

Él (*horrorizado*) – ¿Cincuenta años...?

Ella – ¿Cuarenta...? (*Él no parece convencido.*) ¿Veinte...? ¿Diez...? (*Pausa.*) ¿Y un año?

Él – ¿Un año? (*Convencido.*) ¡Ah, sí! ¿Y tú?

Ella (*dudando*) – ¿Un año?

Él – ¿Seis meses? (*Ella duda.*) ¿Quince días? ¿Una semana?

Ella sigue sin parecer convencida.

Él – ¿Me querrás hasta mañana?

Ella – ¿Mañana por la mañana? ¿A qué hora?

Él – No sé... ¿A las nueve, por ejemplo?

Ella sonríe, conforme. Se besan.

Ella – ¿Pongo el despertador?

3. Autopista

Él se presenta ante ella.

Él – ¿Cuánto?

Ella – Treinta euros...

Él – ¿Súper o normal?

Ella – ¿Todavía existe la normal? Pensaba que ya solo había súper. (*Él no dice nada.*) Pues póngame normal, para variar...

Él – La normal sale más cara.

Ella – ¿Ah, sí?

Él – Es que se ha vuelto muy rara. Ya no la tienen en todas partes...

Ella – Entonces póngame súper.

Él – ¿Súper normal o súper plus?

Ella – ¿Qué diferencia hay?

Él – La súper plus cuesta más, pero consume menos.

Ella – ¿Qué me aconseja?

Él – ¿Consume mucho?

Ella – No sé. Siempre pongo treinta euros...

Él – Le recomiendo la súper plus.

Ella – Bueno, pues... Lléneme el depósito. No quiero volver a quedarme sin combustible...

Él – ¿Le compruebo los niveles y la presión de los neumáticos?

Ella – ¿Es gratis?

Él – Eso queda a voluntad del cliente.

Ella – Pero... ¿de cuánto estamos hablando, si no es indiscreción?

Él – Un euro de media. Dos para los más generosos. Cinco para los benefactores de la humanidad. ¿Le hago una tarjeta de fidelidad?

Ella – ¿Qué se gana?

Él – Con cinco depósitos completos tiene un lavado gratis.

Ella – Normalmente lo lavo yo misma...

Él – ¿Y esto qué es? Excrementos de paloma...

Ella – ¿Usted cree?

Él – Hay que limpiarlo. Es muy corrosivo.

Ella – ¿Qué puedo hacer?

Él – Sacarse la tarjeta de fidelidad.

Ella – No paso mucho por aquí. Estoy de vacaciones...

Él – Vale para todas partes.

Ella – Quizá la próxima vez...

Él – Ya está. Noventa y cinco euros.

Ella – Tenga, quédese con el cambio. *(Empieza a alejarse y luego se vuelve.)*
Perdone, ¿sabe dónde estamos?

Él – ¿Adónde se dirige?

Ella – Todavía no lo sé.

Él – En cualquier caso, no puede dar la vuelta.

Ella – ¿Y queda muy lejos la próxima salida?

Él – ¡Uf! ¡Todavía le falta mucho!

Ella – Pues seguiré adelante.

Él – Buen viaje.

Ella *(mientras se va)* – Gracias.

Él – Ay, las mujeres...

4. Diferencia horaria

Un hombre llega sin aliento ante una mujer con aspecto de azafata.

Él – Buenos días, señorita. Soy el señor Pérez...

Ella (*consultando una lista*) – Señor Pérez. Sí, aquí está.

Él – Perdone, llego un poco tarde...

Ella (*amablemente*) – Es usted el último, en efecto. Solo lo esperábamos a usted para despegar... ¿Lleva equipaje?

Él – Eh, no... (*Enseñando una bolsa de plástico.*) Solo esto... ¿Puedo llevarlo en cabina?

Ella – Por supuesto... ¿Clase turista, verdad?

Él (*asintiendo*) – ¿Cuánto dura el vuelo?

Ella (*comprobándolo*) – Un momento, no vaya a decirle una barbaridad... Treinta y siete años exactamente. Llegará el 16 de abril de 3022 a mediodía, hora local...

Él – Pensé que en abril habría menos gente...

Ella – Fuera de las vacaciones escolares sale más barato. Y allí abril es la mejor época. Los días se alargan. En invierno casi no da tiempo ni a levantarse antes de que anochezca: ¡los días duran solo cinco horas!

Él – ¿Ha estado allí alguna vez?

Ella – ¡Sí! Varias veces. Las azafatas tenemos tarifas reducidas... ¿Ha traído ropa de abrigo para la descongelación?

Él – Por supuesto.

Ella – Menos mal que tenemos ventajas, ¿sabe? Porque la vida de azafata es una locura... Sale una en un vuelo cualquiera de sesenta años y, cuando vuelve, tiene que hacerse amigos nuevos. Los de antes ya han muerto... O están hechos unos ancianos... ¿Tiene amigos?

Él – No.

Ella – Hace muy bien. Es mucho más sencillo. (*Suena su teléfono y contesta.*) ¿Sí...? Perfecto, gracias. (*Cuelga y vuelve a dirigirse al pasajero.*) Ahora sí, ha llegado el momento. Me avisan de que su cohete está a punto de despegar. No le digo hasta la vuelta. Para cuando regrese, seguramente yo ya no estaré aquí. Ahora trabajo en el sistema solar. Casi no hay desfase de años. Es mucho menos agotador.

Él – Sobre todo cuando se tienen hijos...

Ella – Los deja en la guardería y, cuando vuelve del trabajo, ya han terminado Medicina... ¡Buen viaje!

Él se dispone a marcharse, olvidando su bolsa de plástico.

Él – Gracias.

Ella – Ah, se deja el equipaje de mano...

Él – Bah, para lo que llevo dentro...

Ella – Tiene razón. No merece la pena cargar con nada. Para cuando llegue, la moda habrá cambiado por completo... Es mejor comprar la ropa allí...

Él – Ah, no le he preguntado por la vuelta. ¿Cuándo es?

Ella – ¿La vuelta? Esa es una pregunta que casi nunca me hacen... Puedo darle una estimación, pero, claro... Dependerá de cómo evolucione la aeronáutica entretanto...

Él – No se moleste. Ya lo miraré allí. Buenos días...

Ella – Buenos días... Bueno, quiero decir... Buena hibernación...

Él – Sí... Treinta y siete años, nada menos...

Ella – Ya verá que ni se enterará. Se despertará fresco como una rosa...

Él – Perdón que le pregunte, pero ¿es una compañía realmente segura? ¿Nunca han tenido una interrupción de la cadena de frío?

Ella – ¡Qué va! Todo está muy controlado. El último incidente fue un pasajero que se equivocó de vuelo. Tenía que reunirse con su prometida en Venus para la luna de miel y, por despiste, subió a una nave con destino a un planeta a unos cuarenta años luz... Claro, cuando volvió, ella...

Él – Ya no estaba tan fresca como una rosa...

Se ríen.

Ella – Vamos, dese prisa, que va a perderlo. ¡Y el siguiente vuelo sale dentro de setenta años!

Él – Ya voy...

Sale.

5. Partida de pesca

Uno está pescando. Llega un segundo personaje.

Dos – ¿Pican?

Uno – Acabo de llegar...

Dos – ¿Qué pone de cebo?

Uno – Miga de pan...

Dos – Ah, sí... ¿Ha probado los...? Joder, ¿cómo se llaman...? Esos bichos que salen en el queso pasado... Los... ¿Sabe a cuáles me refiero?

Uno – No...

Dos – Da igual, ya me acordaré...

Uno – ¿Es usted pescador?

Dos – ¡No! Jamás tendría paciencia. Estarse horas sin moverse, sin hacer nada, esperando a que piquen... ¡Si es que pican! ¿Nunca se aburre?

Uno – Es una forma de tener un poco de tranquilidad...

Dos – No, yo prefiero la caza...

Uno – ¿Es cazador?

Dos – No. Pero si tuviera que elegir, preferiría cazar. Hay más acción y por lo menos se hace algo de ejercicio. Porque pasar el día aquí sentado... No sé cómo lo aguanta.

Uno – Es relajante. Se escucha correr el agua...

Dos (*gritando*) – ¡Las larvas! ¡En el queso! ¡Para el cebo! ¡Las larvas! ¡Eso era lo que buscaba! ¿Ha probado a pescar con larvas?

Uno – No.

Dos – Debería.

Uno – Quizá en otra ocasión...

Dos – Un safari... Eso sí me gustaría... En Kenia, por ejemplo. ¿Conoce Kenia?

Uno – No.

Dos – Caza mayor. Diez elefantes cargando contra usted. ¡Pum! ¡Entre los ojos! Y luego más vale apartarse para que la manada no lo aplaste.

Uno – Ahora está prohibido cazar elefantes...

Dos – Sí, vi un documental. Dicen que están volviendo a multiplicarse. ¡Y cada vez son más agresivos! Atacan a las personas sin motivo. Embisten contra todo lo que se mueve. ¡Ha habido muertos! Dicen que es porque recuerdan que los cazaban hace décadas. Los que sobrevivieron cojos, con una oreja menos o una bala en la trompa. Y las crías que vieron cómo masacraban a sus padres. Hasta cincuenta años después se acuerdan y atacan en cuanto ven pasar un todoterreno cerca... Es que un elefante vive muchos años. Y tiene una memoria extraordinaria... ¿No ha picado ahí?

Uno – Es el viento...

Dos – ¿Y qué hace cuando pesca uno? ¿Se lo come?

Uno – Lo devuelvo al agua...

Dos – Entonces sí que no sirve para nada... Aunque deben de quedar bastante mal cuando los devuelve, ¿no? Que le atraviesen a uno la mejilla con un anzuelo no debe de ser agradable... (*El otro permanece impasible.*) Dicen que comer pescado es bueno para la memoria. ¿Usted cree que los peces tienen memoria?

6. Exceso de lentitud

Un hombre se acerca a otro (o a una mujer).

Uno – La documentación, por favor.

El segundo le entrega los papeles.

Dos – Aquí tiene.

El primero los examina.

Uno – ¿Sabe a qué velocidad circulaba?

Dos (*con aire contrito*) – No me he dado cuenta...

Uno – Y no es la primera vez.

Dos – Le prometo que será la última.

Uno – ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? ¡Doce kilómetros por hora en la autopista! ¡Podría haber provocado un accidente gravísimo! ¿Qué tiene que alegar en su defensa?

Dos – No tenía prisa...

Uno – ¿Me está tomando el pelo?

Dos – ¡Se lo juro que no! En realidad... Es una especie de fobia... Cada vez que emprendo un viaje, me angustia llegar...

Uno – Querrá decir no llegar...

Dos – ¡No, llegar! Me pasa lo mismo en avión...

Uno – ¿Le da miedo volar?

Dos – En absoluto. Me da miedo aterrizar... Bueno, no el aterrizaje en sí, sino que se acabe el viaje. Me aterroriza. Me pongo tan nervioso que podría secuestrar el avión para impedir que aterrice. Pero no serviría de nada. Aunque diésemos vueltas alrededor del aeropuerto, acabaríamos quedándonos sin combustible y tendríamos que hacer un aterrizaje de emergencia, ¿verdad?

Uno – Sí...

Dos – A menos que nos reabastecieran en pleno vuelo...

Uno – Sí...

Dos – ¿A usted no le pasa nada parecido con la moto?

Uno – No...

Dos – De pequeño me encantaban los tiovivos... Como dan vueltas, sabes que nunca vas a llegar a ninguna parte... Yo siempre me subía al platillo giratorio. Además de dar vueltas alrededor, gira sobre sí mismo... En el fondo, ¿no es ese el movimiento universal? Los planetas giran sobre su propio eje y alrededor del Sol. Dicen que el mundo está patas arriba. ¡Mentira! No hay nada que dé más vueltas que el universo... ¿Y usted?

Uno – ¿Yo...?

Dos – ¿En qué se montaba en el tiovivo?

Uno – En la moto...

Dos – Ya desde entonces...

Uno – En realidad era mi padre quien me sentaba a horcajadas en la moto.

Dos – Y eso que las motos son muy peligrosas.

Uno – A mí me habría gustado subir a la carroza de calabaza...

Dos – ¿La calabaza?

Uno – Ya sabe, la carroza de Cenicienta... Y eso que, ni siquiera en la moto, conseguía alcanzarla... En el tiovivo, quiero decir...

Dos – ¿Se acuerda de Mary Poppins?

Uno – ¿Mary Poppins...?

Dos – ¡La película! (*Horrorizado.*) Aquella escena en la que los caballos de madera se desprenden del tiovivo, galopan campo a través y terminan en un hipódromo, corriendo desbocados hacia la meta, echando espuma por la boca...

Uno – ¿Espuma por la boca? ¿Está seguro?

Dos – ¡Para mí daba más miedo que El exorcista!

El otro lo mira un instante, perplejo.

Uno – Bueno...

Le devuelve la documentación.

Uno – Por lo menos no habrá bebido, ¿verdad?

Dos – Le juro que no...

Uno – Bueno, por esta vez lo dejaré pasar. Puede circular...

Dos – ¿Circular...?

Uno – ¡Y un poco más deprisa!

Dos – ¿No podría retirarme el carné mejor...?

El otro lo mira con gesto negativo.

Dos – Vale, ya me voy...

Hace ademán de marcharse.

Dos – Y usted tampoco corra demasiado con la moto...

Se vuelve una última vez.

Dos – ¿Queda muy lejos la circunvalación?

Uno – Incluso a ciento treinta por hora tardaría una hora larga...

Dos – ¿Y adónde lleva la próxima salida?

Uno – A la comisaría...

7. Fuera de temporada

Un hombre (o una mujer) vestido de verano —bermudas y camisa hawaiana, quizá incluso bañador— se acerca a un vendedor de helados que lleva ropa de abrigo extremo: un anorak grueso y botas para la nieve.

Uno – Buenos días. ¿Están buenos sus helados?

Dos – Son artesanales. ¿Cuántas bolas?

Uno – ¿Qué sabores tiene?

Dos – A ver... vainilla, chocolate, diente de león, avellana, fresa, mostaza, grosella negra, menta con virutas de chocolate negro, fruta de la pasión, limón, chucrut con trocitos de salchicha, violeta, rosa, crisantemo, papaya, anchoa, praliné, coco, frambuesa, cereza, trocitos de bacalao, manzana, caramelo, lejía, plátano, salchichón, naranja, mandarina, aspirina, ron con pasas, escupitajo añejo, ostra, huevas de pescado, steak tartar, piña, kiwi... Ah, no, de kiwi ya no me queda.

Uno – Voy a probar chocolate con bacalao, para variar.

Dos – Dos bolas, entonces.

Uno – Mejor tres. Póngame dos de bacalao.

El vendedor le entrega el helado. El cliente lo prueba.

Uno – Se nota muchísimo el sabor a pescado, ¿eh?

Dos – Los hacemos nosotros mismos.

Uno (*poniendo una mueca*) – Uy, una espina...

Saca la espina.

Dos – Es lo que tienen los helados artesanales...

Uno – Mmm... ¿Qué tal va el negocio?

Dos – Depende del sabor... Con este frío, el de lentejas con tocino es el que más se vende. En invierno entona el cuerpo. De hecho, se me ha agotado... ¿Está de vacaciones?

Uno – No, estamos rodando una película cerca. Soy actor. Bueno, figurante...

Dos – ¿Ah, sí? ¿Qué película?

Uno – Sol, playa y sonrisas, quinta parte. Sale más barato rodar en invierno. El complejo turístico está cerrado.

Dos – Normal. Como yo. Compré todas estas existencias de helados por cuatro duros. En tiempos de crisis hay que adaptarse, sorprender, aparecer donde nadie te espera. En verano vendo castañas asadas en la playa...

Uno – Ya veo... El verano que viene seré figurante en Sol, playa y esquí, cuarta parte. Rodamos en una estación de montaña con nieve artificial. ¡Qué calor hace allí arriba en verano con el mono de esquí acolchado! Bueno, tengo que volver. Ya habrán terminado de descongelar la piscina. Todos los días igual. ¡La cantidad de tiempo que perdemos con eso...!

8. Tiempo perdido

Dos arqueólogos están realizando una excavación.

Uno – Creo que esta vez hemos encontrado algo...

Dos – ¿Del pasado o del futuro?

Uno – Futuro perfecto, diría yo.

Desentierran un objeto y lo levantan. Es un reloj.

Dos – ¿Qué demonios será esto?

Uno – Ni idea.

Dos – Tiene números...

Uno – Y agujas...

Dos – Tres...

Uno – Una de ellas se mueve.

Dos – Da vueltas en círculo...

Uno – ¿Para qué servirá...?

Dos – Podría ser peligroso...

Uno – ¿Tú crees?

Dos – Mejor no tocarlo...

Uno – Un poco tarde para eso.

Dos – Las otras agujas también parecen moverse. Pero mucho más despacio.

Uno – Ah, pues es verdad...

Dos – ¿Será un juego?

Uno – No parece muy divertido.

Dos – ¿Un instrumento de medida?

Uno – ¿Para medir qué?

Dos – Quién sabe...

Uno – A menos que sea un objeto ritual...

Dos – O una obra de arte.

Uno – Pues muy decorativo no es...

Dos – Será mejor volver a la nave. Ya son las cinco y treinta y dos...

Uno – Qué curioso.

Dos – ¿El qué?

Uno – La aguja pequeña señala el cinco y la grande, el treinta y dos...

Dos – ¿Crees que este aparato indica la hora?

Uno – Quién sabe...

Dos – Pero ¿para qué sirve una máquina que te dice en qué momento estás? Es como colocar un cartel que diga «Usted está aquí». ¡Eso ya lo sabes!

Uno – Nosotros sí...

Dos – ¿Una civilización primitiva que necesitaba máquinas para situarse en el presente?

Uno – Es posible.

Dos – Imagínate. Te despiertas en plena noche y ni siquiera sabes qué hora es. Tienes que consultar una máquina para averiguar si ya es hora de levantarte...

Uno – Tenemos un oficio fascinante...

Dos – ¿Y cómo retrocedían en el tiempo?

Uno – ¿Quizá giraban las agujas al revés? (*Intenta moverlas hacia atrás, sin éxito.*) No, solo giran en un sentido. Parece que aquella gente únicamente podía viajar hacia el futuro.

Dos – Sin marcha atrás. ¡Imagínate! No podían permitirse ningún error...

Uno – Debía de ser una civilización muy primitiva.

Dos – Venga, vámonos. Ya no sé dónde estamos.

El otro mira una especie de reloj que lleva en la muñeca.

Uno – Longitud 23234, anchitud 43722, profundidad 65840...

Dos – Pero, ahora que lo pienso, nosotros no necesitamos máquinas para saber la hora... ¿Y si aquella gente supiera siempre dónde estaba?

Uno – ¿Solo con pensarlo?

Dos – O quizá vivían en un espacio muy pequeño.

Uno – ¿Tan pequeño que siempre sabían dónde estaban con solo mirar alrededor?

Dos – No sé... Imagina que el espacio donde vivían no fuera liso como el nuestro, sino que presentara irregularidades...

Uno – ¿Como picos, fallas y precipicios?

Dos – Exactamente... Accidentes que les permitían orientarse en el espacio con la misma facilidad con que nosotros nos orientamos en el tiempo.

El otro sonríe con condescendencia.

Dos – Una idea estúpida, ya lo sé...

Uno – ¿Has fumado algo...?

Dos – Este aparato me da escalofríos. ¿A ti no te da miedo?

Uno – Sí...

Dos – ¿Y si lo dejamos donde estaba?

Uno – No me atrevía a proponerlo...

Recogen el reloj y vuelven a colocarlo en su sitio.

Dos – Antes de coger malas costumbres...

Uno – Y terminar sin poder vivir sin él.

Terminan y se intercambian una mirada.

Uno – ¿Listos para teletransportarnos?

Dos – Cuando quieras.

Uno – Tienes mucha imaginación, ¿sabes? Deberías haberte dedicado a la filosofía en vez de a la arqueología del tiempo...

Desaparecen.

9. Perdido de vista

Él y Ella aparecen claramente perdidos y agotados.

Ella – ¿No habíamos pasado por aquí? Me parece que nos refugiamos bajo este roble hace quince minutos...

Él – Bueno, todos los árboles se parecen. Por cierto, ¿cómo sabes que es un roble?

Ella – Hay bellotas en el suelo...

Él – Quizá sería mejor sentarnos a esperar...

Se deja caer al suelo, desanimado.

Ella – ¿Esperar a qué? ¡Estamos en el parque de la ciudad, no en la selva amazónica! ¿De verdad crees que la policía organizará una operación de rescate solo porque esta noche vea nuestro coche solo en el aparcamiento?

Él no responde. Ella también se sienta, resignada. Él mira fijamente algo que tiene delante.

Ella – ¿Qué miras con tanto interés?

Él – Ese cuervo de allí... Tengo la sensación de haberlo visto antes...

Ella – Ah, ¿ves? Lo que yo decía... ¡Ya hemos pasado por aquí!

Él (*pensativo*) – Cuando era pequeño, mi padre trajo a casa una cría de cuervo una noche. Mi padre era leñador. Había talado un árbol y, claro, el nido se cayó... Le daba de comer con una cucharilla. No imaginas el ruido que hace un cuervo pequeño cuando tiene hambre. Al principio casi no me atrevía a acercarme. Pero fui domesticándolo poco a poco. Me seguía a todas partes como un perrito.

Ella – ¿Andando?

Él – Debía de creer que yo era su madre. Como nunca me veía volar, tampoco se le ocurría ponerse a volar a él.

Ella lo mira como si empezara a pensar que está delirando.

Él – Le robaba a mi padre los lápices de la mesa y los enterraba en el jardín. Nos reíamos mucho...

Ella (*perpleja*) – Mmm...

Él – ¡Y entonces, poco a poco, aprendió a usar las alas!

Ella (*desconcertada*) – ¿Cómo?

Él – Al principio solo daba pequeños saltos. De una silla del jardín a otra... Y después de la silla a un árbol...

Ella – Vería volar a otros cuervos y se le ocurriría la idea...

Él – Al principio solo desaparecía uno o dos días... Sabíamos que volvería... Hasta que un día se fue para siempre y no volvimos a verlo. Regresó a la vida salvaje...

Ella – O quizá lo abatió algún cazador. Como no tenía miedo de los humanos...

Él (*sin escucharla*) – Desde entonces, cada vez que veo un cuervo, me pregunto si no será Babac...

Ella – ¿Babac...?

Él – Así lo llamábamos...

Él sigue mirando al cuervo, soñador. Ella lo observa cada vez más perpleja.

Ella – Pero ¡tu cuervo tiene que llevar muerto muchísimo tiempo!

Él – No creas. Un cuervo puede vivir más de cien años...

Ella se levanta para romper el hechizo.

Ella – Bueno, no quisiera interrumpir este emotivo reencuentro, pero quizá deberíamos pensar en volver. Está anocheciendo...

Él mira hacia el cuervo.

Él (*decepcionado*) – Se ha ido volando... Quizá no era él...

Ella parece aliviada al verlo entrar en razón.

Él – O quizá lo has asustado tú...

Se marchan.

Ella – ¿Seguro que es por aquí? ¡Yo todavía no estoy preparada para regresar a la vida salvaje...!

10. Flechazo

Entra un hombre con aspecto de viajante, llevando un maletín. Espera, sin saber muy bien qué hacer, y aprovecha para examinar discretamente el lugar. Parece encantado con lo que ve. Suena su teléfono y responde.

Él – ¿Sí...? Sí, cariño... Estoy aquí... No, la agente inmobiliaria todavía no ha llegado. He venido un poco pronto. Una oportunidad así... Quería ser el primero. Sí, me dijo que había otro interesado... No, estaba abierto, así que he entrado... Te aseguro que es magnífico. Un auténtico flechazo. Creo que esta vez hemos dado con el sitio. Y a este precio... Parece que los propietarios tienen prisa. Un divorcio... Perdona, te dejo, creo que ya viene... Sí, luego te llamo. Adiós...

Entra una mujer vestida de manera parecida, con aire profesional, y que también lleva un maletín.

Ella – Buenos días... ¿Es usted...?

Él – Sí...

Ella – He aparcado en una plaza para personas con discapacidad, pero bueno... No tardaremos...

Él – No, claro...

Ella mira la habitación. Él parece sorprendido.

Ella – Ah, sí, es...

Él – ¿Es la primera vez que lo ve...?

Ella – Sí... ¿Por qué?

Él – Por nada, yo...

Ella – No es muy grande, desde luego, pero bueno...

Él – Para una pareja...

Ella – Sí.

Él – Tiene bastante espacio para guardar cosas...

Los dos parecen un poco incómodos.

Ella – A este precio, hay que reconocer que es una oportunidad que no se puede dejar escapar.

Él – Sí...

Ella – Usted... ¿Lleva mucho tiempo dedicándose a esto?

Él – ¿A esto?

Ella – Es nuevo, ¿verdad?

Él – Bueno...

Ella (*divertida*) – Se le nota un poco...

Él – ¿Ah, sí...?

Ella – No es muy... Pero resulta agradable, la verdad. Llevamos seis meses buscando, ¿sabe? Y a estas alturas ya nos conocemos de memoria el discurso de los agentes inmobiliarios. Así que se agradece el cambio...

Él – Desde luego...

Ella – Y un piso como este, a este precio... Casi se vende solo...

Él – No...

Ella (*continuando la visita*) – Ah, sí, es... Muy luminoso...

Él – Sí, bueno...

Ella – ¿Perdone?

Él – Sobre todo de día...

Ella – Sí... Por la noche estará algo más oscuro...

Él – Bueno, no crea.

Ella – ¿No?

Buscando algo que criticar, él se coloca ante una ventana imaginaria.

Él – ¿Ha visto el letrero de neón del tejado de enfrente...?

Ella – Ay, no...

Él – ¡Es de la discoteca de abajo! Antes de acostarse más vale bajar las persianas...

Ella – Ah, sí...

Él – El problema es que... no hay persianas.

Ella – Vaya...

Él – Aunque si tiene insomnio, puede leer hasta el amanecer sin encender la luz. ¿Padece insomnio?

Ella – A veces...

Él – Al menos no la despertarán a las cuatro de la mañana los clientes que salen de la discoteca, fumando y gritando antes de volver a casa medio borrachos.

Ella – Creía que era la primera vez que venía... Parece conocer muy bien el barrio...

Él – Deformación profesional... En nuestro oficio enseguida detectamos esos pequeños inconvenientes que los compradores ingenuos descubren cuando ya han firmado...

Ella – Los techos son bastante altos...

Él – Sí...

Ella – ¿No...?

Él – Sí, sí... Esa sensación de amplitud resulta muy agradable...

Ella – Sí...

Él – Pero también hay que pensar en la calefacción...

Ella – La calefacción...

Él – Con orientación norte... Ahora es verano, pero imagínese en diciembre...

Ella – ¿Usted cree?

Él – Si fuera calefacción de gas, todavía...

Ella – Sí...

Él – Pero eléctrica...

Ella – Ya...

Él – Además, solo hay un radiador...

Ella – Mmm...

Él – Y tampoco es muy grande.

Ella – No...

Él – Vaya usted a saber si funciona.

Ella (*intrigada*) – ¿Usted trabaja a comisión?

Él – No. ¿Por qué lo pregunta?

Ella – Por nada... Bueno, de día parece bastante tranquilo, ¿no?

Él (*volviendo a mirar por la ventana*) – Oiga, allí... ¿Ha visto eso, a la derecha?

Ella – ¿El qué?

Él – ¡El colegio!

Ella – Ah, sí... Todavía no tenemos hijos, pero... Nos vendría bien tenerlo cerca...

Él – Mmm...

Ella – ¿No?

Él – Espere a la hora del recreo...

Ella – ¿Quiere decir...?

Él – Usted no trabaja desde casa, ¿verdad?

Ella – Sí... Soy traductora...

Él – Créame, vivir junto a un colegio está muy bien si pasa todo el día fuera. Pero si necesita tranquilidad para trabajar en casa...

Ella – ¿Hasta ese punto?

Él – ¿Cuánto tiempo hace que no pisa el patio de un colegio?

Ella – No sé...

Él – Créame, antes vivir al lado de una central nuclear que junto a un colegio...

Ella – ¿Ah, sí?

Él – Hace menos ruido...

Ella – Pero... ¿Por qué me cuenta todo esto? Su trabajo es vender pisos, ¿no?

Él – Usted me cae bien. No sé por qué... No quisiera que... Y siempre habrá otro comprador ingenuo...

Ella – Gracias por su sinceridad... Me ha conmovido...

Él – No hay de qué.

Ella – ¿Y el váter?

Él – En el cuarto de baño...

Ella – Así se aprovecha mejor el espacio.

Él – Pero no resulta muy cómodo... Sobre todo si piensa ampliar la familia.

Ella – De acuerdo... Quizá deba pensármelo un poco más...

Él – Tómese su tiempo... De todas formas, no creo que un piso así se venda enseguida...

Ella – Gracias... Bueno, me marchó... He aparcado en una plaza para personas con discapacidad...

Él – Sí... Creo que hay un hospital psiquiátrico no muy lejos de aquí...

Ella se pregunta si él se habrá escapado de allí.

Ella – Es usted un agente inmobiliario muy extraño...

Él – ¿Usted cree...?

Ella (*inquieta*) – Me voy...

Él – Muy bien... *(Ella sale. Él vuelve a mirar el piso, ahora mucho menos convencido. Suena su teléfono.)* ¿Sí...? Ah, eres tú... No, no era la agente inmobiliaria, era... Escucha, ahora no puedo hablar. La agente llegará enseguida. Solo puedo decirte que ya somos los únicos interesados... *(Intentando convencerse.)* Estupendo, ¿no? ¿El piso...? Pues... Empiezo a preguntarme si será tan bueno como pensaba... Sí, ya sé lo que dije, pero es que... A veces te enamoras a primera vista y... ¡No, no estoy hablando de ti! ¡Hablo del piso! Luego hablamos. Alguien sube por la escalera...

Para su sorpresa, quien vuelve es la mujer.

Ella – ¿Cree usted en los flechazos...?

Él se queda sin habla. Ella se acerca y lo besa apasionadamente. A lo lejos se oye, cada vez más fuerte, el alboroto de los niños en el recreo. La luz se apaga y deja paso a los destellos del letrero de neón.

11. A destiempo

Ella está sentada leyendo. Él se acerca con vacilación.

Él – Eh... Perdona que la moleste, pero...

Ella – ¿Sí?

Él – Quería preguntarle si sería tan amable de decirme la hora.

Ella – Lo siento, se me ha parado el reloj.

Él – Ah...

Ella – Seguramente se habrá gastado la pila.

Él – Vaya contratiempo...

Ella – Sí.

Él – Bueno, no la molesto más.

Ella – Mmm...

Él está a punto de marcharse, pero cambia de idea.

Él – ¿Al menos podría decirme qué hora marcaba cuando se paró?

Ella – Eh... Sí, ¿por qué no?

Él – Eso me daría una idea...

Ella – ¿Una idea?

Él – Una idea... de la hora que puede ser ahora.

Ella – Ah, sí...

Él – Por ejemplo, si se hubiera parado a las tres y veintiocho, por lo menos sabría que ahora son más de las tres y veintiocho...

Ella (*mirando el reloj*) – Se ha parado a las tres y media...

Él – Gracias. Algo es algo... Ahora sé con certeza que pasan de las tres y media...

Ella – Sí...

Él – Perdona otra vez la molestia...

Ella – No se preocupe.

Él va a marcharse, pero vuelve a detenerse.

Él – ¿Está segura de que el reloj se ha parado de verdad?

Ella – Sí, completamente...

Él – Perdóneme, pero ¿cómo puede estar tan segura?

Ella – No sé, es que...

Él – A veces tenemos la impresión de que el tiempo pasa muy despacio... O de que no pasa... Por lo menos durante un rato...

Ella – Es verdad, pero...

Él – Cuando nos aburrimos, por ejemplo...

Ella – Eh, sí...

Él – Miramos el reloj y parece que se ha detenido, pero en realidad...

Ella – Mmm...

Él – ¿Se estaba aburriendo mucho... mientras esperaba?

Ella – ¿Mientras esperaba qué?

Él – No sé, yo... No pretendo preguntarle qué está esperando... O a quién.

Ella – No especialmente... Tengo mi libro...

Él – Entonces mucho me temo que su reloj sí está estropeado...

Ella – Sí... Lleva por lo menos media hora marcando las tres y media... De eso no cabe duda...

Él – Un momento... ¿Ha dicho media hora?

Ella – Aproximadamente, sí...

Él – ¿Cómo lo sabe?

Ella – Bueno... He tenido tiempo de leer tres capítulos de mi libro...

Él – Entonces, si se paró a las tres y media hace aproximadamente media hora, deben de ser cerca de las cuatro.

Ella – Sí, más o menos...

Él – ¿Sabe con certeza que tarda exactamente diez minutos en leer un capítulo?

Ella – Exactamente no... Depende de lo largos que sean los capítulos...

Él – Ah... Y por el grosor del libro, supongo que serán bastante más largos que la media...

Ella – Sí, puede ser...

Él – Mmm... Así que podrían ser más de las cuatro.

Ella – ¡Ah, no, eso seguro que no!

Él – ¿No? ¿Por qué está tan segura?

Ella – Bueno... Es que he quedado con alguien...

Él – Ah...

Ella – A las cuatro en punto...

Él – Pero quizá la persona con la que ha quedado se esté retrasando.

Ella – No lo creo.

Él – ¿Y eso por qué?

Ella – Es la primera cita... Un hombre nunca llega tarde a la primera cita, ¿verdad? En general...

Él – Y, en general, una mujer tampoco llega antes de la hora a una cita. Sobre todo a la primera...

Ella – ¿Ah, sí? ¿Por qué?

Él – Para no parecer completamente desesperada, supongo...

Ella – Sí, claro...

Él – Pero usted me ha dicho que lleva aquí una buena media hora, ¿no?

Ella – Sí...

Él – Ya ve, en estos casos no conviene fiarse de las generalizaciones...

Ella – ¿Y por qué tiene usted tanta necesidad de saber la hora?

Él – Yo también he quedado a las cuatro. Y como soy muy puntual...

Ella – Si es tan puntual, ¿no sería buena idea llevar reloj?

Él – ¡Ah, pero si llevo uno!

Ella – ¿Y también se le ha estropeado?

Él – ¡No! Bueno, que yo sepa...

Ella – Entonces, ¿por qué me preguntaba la hora?

Él – Pues precisamente... Para comprobar que el mío no se había parado, como el suyo.

Ella – Entonces, ¿podría decirme qué hora es?

Él – Por supuesto... Las cuatro y seis exactamente. Y puede fiarse de mí: es un reloj suizo...

Ella – Gracias...

Él – Lo tengo desde hace años. Me lo regaló mi padrino cuando era joven. Murió de un infarto, pero ¡el reloj no se ha parado ni una sola vez!

Ella – ¿Y cuando se le gasta la pila?

Él – ¡No lleva pila! ¡Le doy cuerda todos los días a las ocho en punto de la tarde!

Ella – Bueno... Gracias por decirme la hora...

Ella se levanta.

Él – ¿Ya se marcha?

Ella – Ha dicho que son las cuatro y seis. No quiero que parezca que estoy esperando. Habíamos quedado a las cuatro...

Él – Comprendo... Bueno, adiós... Y perdone una vez más las molestias...

Ella se va. Él se queda solo.

Él – Le daré cinco minutos más... Hasta las cuatro y once... Pero no me gustan las mujeres impuntuales. Sobre todo en una primera cita...

Pausa

Hay un personaje de pie, sin hacer nada. Llega otro y lo saluda.

Uno – Buenos días.

Dos – Hola.

Uno – Soy el autor. Estoy descansando un rato.

Dos – ¿Descansando? Una representación en directo es como la vida: no tiene botón de pausa...

Uno – Ni siquiera hay un corte para publicidad. *(Saca un paquete de cigarrillos y ofrece uno.)* ¿Un cigarrillo? Ayuda a pasar el tiempo... Será malo para la salud, pero soluciona el problema de las pensiones.

Dos – Gracias. No fumo.

Uno – Ah... Perdona. *(Guarda los cigarrillos.)* ¿Estás sin trabajo?

Dos – A temporadas.

Uno – ¿Y nunca te aburres?

Dos – Ya sabes lo que dicen...

Uno – Lo más duro de este oficio es esperar.

Dos – ¿Esto va a salir en la obra?

Uno – ¿El qué?

Dos – Lo que estamos diciendo ahora.

Uno – Ah, eh... Todavía no lo sé. Depende.

Dos – ¿De qué?

Uno – Del interés que tenga nuestra conversación, supongo. ¿Tienes algo interesante que decir?

Dos – Pero el autor eres tú.

Uno – Sí.

Dos – Bueno, eso dices.

Uno – Ya...

Dos – ¿Sueles escribir de noche?

Uno – No. ¿Por qué?

Dos – Tienes cara de cansado...

Uno – Me acuesto pronto y me levanto tarde. Escribo sobre todo a última hora de la mañana. A veces, si me llega la inspiración, vuelvo a ponerme después de la siesta. *(Consulta la hora.)* Bueno, no es que me aburras, pero será mejor que vuelva al trabajo.

Dos – Sí, yo también lo creo.

Uno – Gracias por hacerme compañía. Me ha gustado hablar contigo.

El autor tiende la mano al otro para despedirse. El otro vacila un momento, pero se la estrecha.

Uno – Tienes la mano fría.

Dos – ¿De verdad eres escritor?

Uno – ¿Por qué?

Dos – Esto no parece llevar a ninguna parte, ¿no?

Uno – Tú tampoco ayudas mucho... Sí, ya sé que yo soy el autor. Pero dicen que, cuando has creado un buen personaje, basta con dejarlo hablar...

Dos – Quien quiere deshacerse de su perro, siempre encuentra una excusa... Y eso de hacer teatro dentro del teatro, ¿no está ya muy visto? Cuando un autor se pone a hablar de la escritura, normalmente es que se ha quedado sin nada que decir...

Uno – Bueno... *(Se marcha, para sí.)* Creo que esta escena la voy a quitar...

12. Cara a cara

Se miran discretamente, de reojo.

Uno – ¿Nos conocemos...?

Dos – No sé...

Uno – Perdón, me había parecido...

Dos – No, no tiene que disculparse. Yo he pensado lo mismo. Su cara me resulta familiar...

Uno – ¿Dónde podríamos habernos visto?

Dos – ¿Vive por aquí?

Uno – No muy lejos. ¿Y usted?

Dos – Estaba sacando a pasear a mi pájaro...

Uno – Quizá nos hayamos cruzado aquí...

Dos – O en otro sitio...

Silencio.

Uno – Es curioso. Tengo la sensación de que nos conocemos...

Dos – Vemos a tanta gente...

Uno – Bueno, tengo que irme...

Dos – Encantado de conocerle.

Uno – ¡Igualmente!

El primero está a punto de marcharse, pero se detiene.

Uno – Ah, por cierto, me llamo Pedro... Por si volvemos a encontrarnos por aquí...

Dos – ¿Pedro? Qué casualidad. Yo también...

Uno – Tampoco es un nombre muy original...

Dos – ¿Pedro qué más?

Uno – Pedro García.

Dos – ¡No me diga! ¡Igual que yo!

Uno – ¡Entonces somos tocayos y homónimos!

Dos – Pero seguimos sin saber dónde nos habremos visto...

Uno – Bueno, pues... Ya me voy...

Dos – Yo también.

Uno – ¿Por dónde va usted?

Dos – ¿Y usted?

Uno – Por aquí.

Dos – Pues le sigo. Pase primero.

Uno – Gracias.

Se marchan.

Uno – ¡Vamos, Babac!

Dos – ¡No puede ser! ¿Ese cuervo es suyo?

Uno – Sí, ¿por qué?

Dos – ¡También es mío!

Uno – Ya decía yo que su cara me sonaba...

Se van.

13. 107 años

Una celda de prisión. Hay un recluso sin hacer nada. Entra otro preso, más joven.

Joven – Hola.

Viejo – Hola.

El joven da unos pasos para familiarizarse con el lugar.

Viejo – No voy a enseñarte las instalaciones...

Joven – ¿Lleva mucho tiempo aquí?

Viejo – Ni idea. He perdido la cuenta. Aquí tampoco se está tan mal, ya verás. Sé que todavía me queda una buena temporada, pero tengo la sensación de haber llegado ayer... ¿Cuánto te ha caído?

Joven – Diez años... ¿Y a usted?

Viejo – Ciento siete.

Joven (*impresionado*) – ¿Ciento siete años? ¿Por qué?

Viejo – Por estafa.

Joven – Es mucho para una estafa...

Viejo – ¿Y tú?

Joven – Maté a un policía...

Viejo – Pues no es mucho por matar a un policía...

Joven – ¿Una estafa muy gorda...?

Viejo – Ciento quince millones.

Joven – ¿A quién se le pueden estafar tantos millones, salvo a otro estafador? ¿A un banco? ¿A una aseguradora?

Viejo – A la lotería nacional.

Joven – Ah, ya...

Viejo – Nunca salían los números que yo elegía. Así que me las arreglé para que los números premiados fueran los míos...

Joven – ¿Y cómo se hace eso?

Viejo – Un mago nunca revela sus secretos. Si los contara, la magia perdería su gracia...

El viejo hace un pequeño truco de magia, con más o menos éxito.

Joven – Ciento siete años...

Viejo – Bah, no los cumpliré todos.

Joven – ¿Tiene algún truco para escaparse?

Viejo – Infalible. ¿Cuánto tiempo crees que vas a estar aquí de verdad?

Joven – Con la condicional, quizá salga en cinco años.

Viejo – Pues yo saldré antes. ¿Nos apostamos algo?

Joven – Usted estafó a la lotería nacional...

Viejo – A mi edad, saldré incluso por la puerta principal. Con los pies por delante...

Joven – Perdona que le pregunte, pero ¿para qué robar ciento quince millones a su edad?

Viejo – Es verdad. A mi edad ya no hay mucho que ganar... Pero tampoco queda nada que perder. En el peor de los casos, acabaría en la cárcel en lugar de en una residencia. Y aquí por lo menos estoy rodeado de gente joven... ¿Por qué mataste al policía?

Joven – Era el amante de mi mujer...

Viejo – Ah, qué mala suerte... Si hubiera sido carnicero, te habrían caído tres años. Y tú, ¿a qué te dedicabas? Antes, quiero decir...

Joven – Era relojero.

Viejo – Ah... Aquí es mejor no mirar demasiado el reloj... Yo tengo un Rolex. Precisión suiza. Es lo único que me dejaron conservar. No sé por qué. Bueno, me lo imagino... (*Consulta el reloj.*) Perdona un momento. Es la hora del sorteo...

Saca una pequeña radio y se la acerca al oído.

Joven (*sorprendido*) – ¿Todavía juega a la lotería?

Viejo – Las viejas costumbres son difíciles de perder... Lo malo es que ya no puedo salir a comprar un boleto.

Joven – ¿Y para qué juega, si no puede apostar?

Viejo – ¡Para pasar el tiempo! Ya me has dicho que no me queda nada que ganar. Pero nadie puede impedirme jugar... La semana pasada acerté cuatro números...

Joven – ¿Cuánto ganó?

Viejo – Diecinueve euros... ¿Quieres escoger unos números conmigo? Nos repartimos el premio... (*El joven parece escéptico.*) Ya verás. ¡Serás millonario en tu imaginación...!

14. Lección de vida

Una persona mayor y otra más joven, de cualquier sexo.

Viejo – Bueno, ¿qué quieres ser de mayor?

Joven – No sé... ¿Qué querías ser tú cuando eras joven?

Viejo – Hace tanto tiempo... ¡Desde luego, no esto!

Joven – ¿Y qué haces ahora?

Viejo – Bah, nada demasiado interesante. A veces hasta me pregunto si merece la pena... Pero alguien tiene que hacerlo...

Joven – ¿Por qué...?

Viejo – ¿No lo entiendes? ¡Hay una cola de gente esperando para ocupar mi puesto! Ah, si pudiera volver a empezar... Tener tu edad y saber lo que sé ahora...

Joven – ¿Qué harías?

Viejo – Quién sabe. Desde luego no habría acabado donde estoy... Pero he visto demasiado. Me han hecho ver demasiadas cosas. Cuando eres joven tienes ganas, tienes fe... Ahora ya no me queda ninguna ilusión. Ya verás cuando tengas mi edad...

Joven – ¿Qué voy a ver?

Viejo – Ya te enterarás. Estas cosas no se pueden explicar fácilmente... Aunque tienes suerte. Yo, a tu edad, ni siquiera podía hacer esas preguntas.

Joven – ¿Qué preguntas?

Viejo – Venga, vete a estudiar. Si no quieres acabar como yo...

Joven – ¿Tú no estudiabas?

Viejo – Sí...

Joven – Entonces, ¿para qué sirve estudiar?

Viejo – Haz lo que te digo. Ya lo entenderás cuando seas mayor... Y me lo agradecerás... *(Se marcha.)* Estos niños de hoy... Hay que explicárselo todo...

15. Memoria caché

Ella y Él se besan durante largo rato. Después se separan y miran al frente.

Ella – ¿Te recuerda algo?

Él – No... ¿Y a ti?

Ella – Tampoco.

Él – Es la primera vez.

Ella – Pues no es nada inolvidable.

Él – La primera vez no tienes con qué compararla. No puedes recordar nada.

Ella – La primera vez no la recuerdas. Solo la guardas en la memoria.

Él – ¿Qué es la memoria?

Ella – No sé...

Él – ¿Qué es olvidar?

Ella – No me acuerdo...

Él – ¿Volvemos a empezar?

Ella – Vale.

Se besan de nuevo y se separan.

Él – ¿Y ahora? ¿Te recuerda algo?

Ella – Tengo una vaga sensación de déjà vu.

Él – Yo también.

Ella – Ahora sí, me acuerdo.

Él – Es un principio.

Ella – Sí.

Él – Es la segunda vez.

Ella – Entonces ya no es un principio.

Él – La primera vez no sabes que es el principio. Todavía no tienes ningún recuerdo.

Ella – ¿Para qué sirve recordar?

Él – Para pasar el tiempo.

Ella – ¿Y al final? ¿Cómo sabes que es la última vez?

Él – Nunca se sabe.

Ella – Habría que poder recordarlo después.

Él – Solo puedes recordar la penúltima vez.

Ella – Así es la vida.

Él – Sí. Entre la segunda vez y la penúltima.

Ella – La vida es lo que recuerdas al mirar atrás.

Él – Una historia sin principio ni fin.

Empiezan a marcharse, cada uno por su lado.

Ella – ¿Nos acordamos de llamarnos?

Él – ¿O borramos la memoria caché?

16. Recuerdos

Un anciano está sentado, apoyado en un paraguas. Llega una anciana, se sienta a su lado y le coge la mano. Él se deja hacer, algo sorprendido.

Ella – Qué tranquilidad... Se está bien así, ¿verdad?

Él (*asintiendo*) – Sí...

Disfrutan de ese instante de serenidad.

Ella – ¿Te acuerdas de nuestras primeras vacaciones?

Él – No...

Ella – Y ahora, para nosotros, todos los días son vacaciones...

Él – Sí...

Ella – ¿Te has tomado las pastillas?

Él (*sorprendido*) – No...

Ella (*entregándole una caja*) – Toma, te las he traído.

Él – Gracias... (*Se toma una pastilla y examina la caja.*) Estas son para el corazón...

Ella – Sí...

Él – Las mías son para la memoria...

Ella – Es que son las pastillas de mi marido...

Él – Entonces yo no debo de ser su marido...

Ella lo mira, ofendida, le suelta la mano y se levanta.

Ella – ¡Ya podría habérmelo dicho antes!

Se marcha enfadada. Él la ve alejarse.

17. Proyectos de futuro

Una chica está sentada en un banco, mirando al frente. Poco a poco comprendemos que observa a la pareja de la escena anterior. Llega un chico y se sienta a su lado sin decir nada. Permanecen un rato en silencio, mirando hacia delante.

Ella – ¿Te imaginas cómo seremos cuando tengamos su edad?

Él – No...

Ella – Ella va muy arreglada. Hasta se ha maquillado...

Él – ¿Ah, sí...?

Ella – Y él ni se ha fijado...

Él – ¿Por qué lleva él un paraguas? No hay ni una nube...

Ella – Seguro que ella le pidió que lo trajera. Cuando empiezas a ir a la peluquería, ya no te fías del tiempo. Además, sabe que a él le sirve de bastón. Así es más discreto. Por orgullo de él...

Él – ¿Has visto? Ella tiene el pelo casi morado...

Ella (*con ternura*) – Pero le queda bonito, ¿no?

Él – ¿El qué? ¿Una anciana con peinado de punk?

Ella – Deben de llevar medio siglo casados y todavía se dan la mano...

Él – ¡Ya no! Mira, ella se marcha hecha una furia. Y no parece contenta. A lo mejor llevan cincuenta años discutiendo...

Ella – Quizá él le haya dicho que lleva el pelo demasiado morado... (*Pausa.*) Me pregunto si al final va a llover... ¿Nos vamos?

Él – Eh, sí...

Él se levanta para marcharse.

Ella – Por cierto, ¿para qué querías verme?

Él – Bueno... No sé muy bien cómo decirte esto, pero... No creo que vayamos a envejecer juntos...

Ella – Ya lo sé...

Él – ¿Y tú querías decirme algo?

Ella también se levanta, dejando ver que está embarazada.

Ella – ¡Tú también deberías haber traído un paraguas!

18. Vacaciones

Una terraza con dos tumbonas. Ella entra con un albornoz blanco y gafas de sol. Se adelanta hasta el borde del escenario, respira hondo y contempla el horizonte. Él aparece caminando con muletas.

Ella (*sin darse la vuelta*) – ¡Ah, qué aire tan puro! ¿Siente usted la brisa del mar?

Él – Pues no... Aunque hoy tengo la nariz un poco taponada...

Se sienta con dificultad en una tumbona y deja las muletas a su lado.

Ella – Y esas gaviotas... ¿Las oye? ¡Qué cambio de aires!

Él saca una cajita metálica del bolsillo, la abre y se la ofrece.

Él – ¿Quiere un caramelo? Despeja las vías respiratorias...

Ella no hace caso del ofrecimiento.

Ella – Es el paraíso... ¡Me siento como si hubiera vuelto a nacer! ¿A usted no le pasa?

Él coge un caramelo de la caja y se lo mete en la boca.

Él – A mí más bien me dan náuseas...

Guarda la cajita.

Ella (*entusiasmada*) – Un día nuevo que comienza... ¡Y promete ser maravilloso!

Él – ¿Seguro que se encuentra bien?

La expresión de ella cambia por completo.

Ella – Estoy completamente deprimida...

Él – Tengo otra clase de caramelos, si quiere.

Ella – Mi marido tenía que venir conmigo, pero al final se quedó en el andén.

Él – Lo siento. Entonces, de momento, está usted soltera...

Ella – Más bien me he quedado viuda para siempre.

Él – Ya veo...

Ella – Solo que él sigue vivo... (*Pausa.*) ¿Y a usted qué le ha pasado?

Él – Estoy de vacaciones, como usted.

Ella – Me refería a las muletas...

Él – Ah, esto... Sé que las necesito para andar. Lo que no recuerdo es por qué...

Ella vuelve a mirar al mar.

Ella – El mar está tan azul... Parece una postal... Creo que voy a bañarme...

Se quita el albornoz y aparece en bañador.

Él – No vaya a ahogarse. Sería una pena... Y el agua no debe de estar muy caliente.

Ella – ¿Por qué lo dice?

Él – Estamos fuera de temporada.

Ella – Ah, es verdad...

Vuelve a ponerse el albornoz.

Él – ¿Le apetece una partida de Scrabble?

Ella – Gracias. Todavía no estoy tan desesperada...

Él – ¿Lo quería tanto?

Ella – Era mi marido...

Él – Ya lo olvidará...

Ella – Apenas recuerdo cómo nos despedimos...

Él – Las despedidas son lo primero que se borra cuando el tiempo va marcha atrás.

Ella – ¿Se dedica al cine?

Él – Si me dedicaba, ya no lo recuerdo... ¿Y usted?

Ella – Soy actriz, en cierto modo.

Él – Ya verá, este pequeño descanso le sentará de maravilla.

Ella – Ya me siento más joven... ¡Ya está, me doy un chapuzón!

Él – ¿En el mar?

Ella – ¡En la piscina!

Ella se marcha, dejando ver la palabra TITANIC en la espalda del albornoz. Él se levanta sin muletas, se acerca al borde del escenario y abre los brazos, mirando al horizonte.

Él – ¡Soy el rey del mundo!

19. Primer amor

Un hombre pasea por lo que resulta ser una galería de arte. Una mujer se le acerca, muy sonriente y emocionada.

Ella – ¿Me reconoces?

Él se ve sorprendido, pero, para no decepcionarla, se arriesga a adivinar.

Él – ¿Brígida?

Ella – ¡Victoria!

Él – ¡Victoria!

Ella – Llevo un rato observándote. Tu cara me resultaba vagamente familiar. Y de pronto me he acordado. Tienes algo en la expresión...

Él – Es increíble... ¿Cuántos años han pasado?

Ella – Vaya... Antes no me habías reconocido, ¿verdad?

Él – Sí, sí... Bueno, al principio no... Pero ahora que lo dices, está todo ahí. La barbilla... Los ojos... La boca... ¡Hasta la nariz!

Ella – Sí...

Él – No, he dicho Brígida porque es amiga de mi madre. *(Se da cuenta de su error e intenta arreglarlo.)* Tú no has cambiado mucho, ¿eh?

Ella – Han pasado los años...

Él – No, quiero decir... Se te reconoce perfectamente. Una vez sabes que eres tú... *(Comprende que está empeorándolo.)* ¿Sigues viviendo por aquí?

Ella – Sí... En el mismo sitio... ¿Y tú? No vuelves mucho, ¿verdad?

Él – No, apenas... Mi madre sigue viviendo aquí, pero... Es complicado... *(Prefiere cambiar de tema.)* ¡Victoria...! Estarás casada, supongo.

Ella – Tengo cuatro hijos...

Él – Ah, madre mía...

Ella – ¿Y tú?

Él – Yo también... Bueno, solo tengo uno, pero... *(Otra pausa incómoda.)* ¿No es increíble encontrarnos así, en una galería de arte? Iba a comprar tabaco y he entrado por casualidad...

Ella – Sí...

Él – No te lo vas a creer, pero antes estaba pensando en ti. Precisamente al pasar delante de tu casa... Aunque no creía que siguieras viviendo allí. ¿No te has mudado?

Ella – No, ya ves. Sigo aquí...

Él – Increíble...

Parece que ya no saben qué decirse.

Ella – ¿Has tenido tiempo de ver la exposición?

Él – Sí... Bueno, no toda... Hay cosas muy bonitas, ¿no?

Para salir del paso, estudia el cuadro que tienen delante, intentando encontrar algo más que decir.

Él – Aunque este es horroroso, ¿no? Parece pintado por un niño. No sé cómo pueden exponer cosas así...

Ella – Ya sé que tengo que mejorar la técnica...

Él (*aturdido*) – Ah, ¿es... tuyo? ¿Lo has...?

Ella – Sí...

Él – No, pero los otros me encantan, ya te lo he dicho...

Ella – Bueno, no todos son míos. Es una exposición colectiva. Pero este sí lo he pintado yo...

Él – ¡Claro! Ahora me acuerdo... Tú ya pintabas entonces... En cajas de quesitos, ¿no?

Ella – En cajas de cerillas...

Él – ¡Eso! Aquellas cajas grandes de cerillas, de tamaño familiar. Ya no se ven. Una pena... Así que has cambiado de soporte...

Vuelve a mirar el cuadro.

Él – Ah, sí, está bien... Es... ¿un caballo?

Ella – Un gato...

Él – ¡Claro! Se le ven las orejas, la boca, la nariz... Los bigotes... Y es abstracto, ¿no?

Ella – No.

Él – Bueno, quiero decir... Pintura ingenua...

Ella – Tampoco...

Él – ¡Qué sabré yo de pintura! Siempre tenemos que poner etiquetas a las cosas, ¿verdad? ¡Sobre todo al arte! Yo soy igual que todos. Lo importante es que es bonito... (*Con cierta emoción.*) Y es tan tuyo...

Otro silencio incómodo.

Él – ¿Sabes que estaba muy enamorado de ti...?

Ella – Hace mucho tiempo...

Él – Nunca me habría atrevido a decírtelo entonces... Es curioso... Qué bien sienta poder decirlo ahora... Quiero decir, ahora que...

Ella – Ha prescrito el delito...

Él – Sí... *(Incómodo.)* Oye, tengo que irme. He venido a ver a mi madre... A su edad, ya sabes... Puede morir en cualquier momento...

Ella – ¿Cuántos años tiene?

Él – Sesenta y dos... Pero siempre ha tenido una salud delicada... Me ha encantado volver a verte. *(Buscando una salida.)* Estoy en las redes sociales. Mándame una solicitud de amistad y seguimos en contacto...

Ella – Vale...

Él – Alguna vez te he buscado en internet. Pero Victoria... eh... *(Intenta recordar su apellido sin conseguirlo.)* ¡Hay tantas Victorias...!

Ella – En la foto llevo una nariz roja... Quiero decir, de payaso...

Él – ¡Pues así no me extraña que no te reconociera! Ahora sí tengo que irme... ¿Nos damos dos besos?

Se besan algo torpemente. Él va a marcharse, pero sigue buscando una frase definitiva con la que arreglarlo todo. Se vuelve una última vez e improvisa.

Él – Bueno... *(Solemne.)* En el reino de los cielos, nuestros primeros amores serán los últimos...

Ella asiente cortésmente, fingiendo entender el sentido profundo de aquella frase enigmática. Él se marcha con una sonrisa misteriosa y la deja desconcertada.

20. Ni frío ni calor

Dos personajes, hombres o mujeres. Pueden formar pareja y quizá sean mayores. Permanecen un instante en silencio.

Uno – Qué bochorno hace, ¿verdad?

Dos – Sí.

Uno – Ha venido de repente.

Dos – Mmm...

Uno – Esta mañana se estaba bien, ¿no?

Dos – ¿Esta mañana...?

Uno – Y de repente, tanto calor.

Pasa un momento.

Dos – Parece que va a haber tormenta.

Uno – ¿Tú crees?

Dos – No sé...

Uno – Entonces, ¿por qué lo dices?

Dos – Es lo que se suele decir, ¿no?

Uno – ¿Se suele?

Dos – Alguien dice «Qué bochorno hace» y el otro contesta «Parece que va a haber tormenta».

Uno – Mmm...

Dos – ¿No era eso lo que tenía que decir?

Uno – Sí... Claro... *(Pausa.)* Pero aun así, en esta época del año...

Dos – ¿Qué?

Uno – Que haga tanto bochorno.

Dos – Mmm...

Silencio.

Uno – O quizá sea cosa mía... *(Pausa.)* ¿Tú no tienes calor?

Dos – No, bueno... No mucho...

Uno – ¿Y por qué no me lo has dicho?

Dos – ¿El qué?

Uno – ¡Tú también has dicho que hacía bochorno!

Dos – No sé... Lo he dicho por decir... Para no llevarte la contraria...

Uno – Entonces soy yo...

Dos – ¿Tú...?

Uno – ¡A lo mejor tengo fiebre!

Dos – ¿Te notas con fiebre?

Uno – No sé... ¿Tú qué crees? ¿Hace bochorno o soy yo?

Dos – Ahora que lo dices, es verdad que empiezo a notar algo de calor...

Uno – Podría ser contagioso.

Dos – ¿El qué?

Uno – ¡La fiebre! Antes estabas bien y ahora empiezas a tener calor. ¡Podría ser contagioso!

Dos – No, pero es que en realidad no tengo calor. Lo he dicho solo para...

Uno – ¿Para qué?

Dos – No sé... Por decir algo... *(Pausa.)* ¿Y si te quitas el jersey?

Uno – ¿Tú crees?

Dos – Por probar no pierdes nada.

Uno – ¿Y si me resfrío? Si tengo fiebre...

Dos – No hace tanto calor, pero... tampoco hace frío. Ni frío ni calor.

Uno – Vale...

El primer personaje se quita el jersey.

Dos – ¿Qué tal?

Uno – Ah, sí...

Dos – ¿Mejor?

Uno – Sí, sí... Ahora estoy mejor...

Dos – ¿Esta mañana llevabas el jersey?

Uno – No...

Dos – Pues ya está, será eso...

Uno – Sí...

Dos – Seguro que es por el jersey...

Uno – Es verdad que esta mañana... No hacía tanto calor, ¿no?

21. Mortal

Dos personajes, que pueden ser interpretados por hombres o mujeres.

Uno – Creo que esta vez sí somos los últimos de verdad...

Dos – Pensar que dominamos el mundo durante más de cien millones de años...

Uno – Ya verás, dentro de otros cien millones de años, la especie que nos suceda todavía se preguntará qué provocó nuestra extinción.

Dos – Dirán que fue la caída de la fertilidad, una guerra nuclear...

Uno – Una erupción volcánica, el choque de un asteroide...

Dos – Como los dinosaurios.

Uno – Quizá se extinguieron por lo mismo que nosotros, en el fondo.

Dos – La verdad es que cien millones de años son muchos años.

Uno – Sobre todo los últimos meses.

Dos – Cuando la propia historia se convierte en una carga insoportable...

Uno – El peso de las mochilas escolares. Así empezó todo.

Dos – Incluso con libros electrónicos, un millón de siglos pesa lo suyo...

Uno – Estábamos hartos, desde luego.

Dos – Hasta la coronilla.

Uno – Sencillamente, no nos quedaba memoria suficiente para almacenarlo todo.

Dos – La verdad es que ya iba siendo hora de terminar, pero...

Uno – El fallo del millón de siglos. Eso fue lo que acabó con nosotros.

Dos – Además, ya lo habíamos hecho todo. ¿Qué más podíamos hacer?

Uno – Sin repetirnos.

Dos – Lo único que todavía no habíamos hecho era desaparecer.

Uno – Me pregunto qué especie nos sustituirá como dominante. ¿Las cucarachas?

Dos – Qué deprimente...

Uno – ¿Las gallinas?

Dos – ¿De verdad crees que se puede reconstruir una civilización con un cerebro de gallina?

Uno – Se borraría la memoria y todo volvería a empezar desde cero...

Dos – Ya...

Uno – A no ser que vuelvan los dinosaurios y se queden otros cien millones de años.

Se quedan inmóviles. Silencio.

Uno – Joder... Cien millones de años... Después de cien millones de años, ¿de verdad hace falta un motivo para desaparecer?

El segundo no responde, cierra los ojos y parece morir. El primero lo observa sin emoción y después vuelve a mirar al vacío.

Uno – No, yo entiendo a los dinosaurios. Cien millones de años... Es mortal.

22. Ingravidez

Dos personajes.

Uno – Pronto amanecerá...

Dos – ¿Crees que dentro de cien años se acordarán de nosotros?

Uno – Probablemente.

Dos – ¿Y dentro de mil?

Uno – No sé.

Dos – De ti se acordarán.

Uno – ¿Tan importante es para ti?

Dos (*con sarcasmo*) – ¿Que se acuerden de ti?

Uno – Que solo se acuerden de mí.

Dos – ¿No lo hicimos precisamente por eso?

Uno – ¿Para volvernos inmortales?

Dos – Para ser los primeros. Aunque sabíamos que solo uno podía ser el primero.

Uno – Si quieres, te cedo mi puesto. Seré el segundo...

Dos – Sabes que no podemos hacer eso.

Uno – ¿Quién nos lo impediría?

Dos – Vale. Pero ¿por qué yo?

Uno – ¡Echémoslo a cara o cruz!

Dos – ¿Decidir la inmortalidad a cara o cruz? ¿Por qué no...?

El primero finge lanzar una moneda. Los dos la siguen con la mirada mientras flota sin caer.

Uno – Con tan poca gravedad, no caerá antes de esta noche.

Dos – Lo sabías, ¿verdad? Si no, habrías propuesto echarlo a suertes sacando una pajita.

Uno – Lo sabíamos los dos.

Dos – Está amaneciendo. Dentro de unos minutos serás el primer ser humano que pise este planeta.

Uno – ¿A qué se parece?

Dos – A nada. O a Texas, si lo prefieres.

Uno – Deséame suerte.

Dos – La necesitarás. La inmortalidad dura mucho tiempo...

Uno – ¿Crees que los muertos célebres saben que son inmortales?

23. Inmobiliaria espacial

Un agente inmobiliario (hombre o mujer) está sentado ante una mesa con un ordenador. Entra un cliente.

Cliente – Buenos días.

Agente – Buenos días. Bienvenido a Inmuebles Espaciales. ¿En qué puedo ayudarle?

Cliente – Bueno, yo... Ahora vivo de alquiler y estoy pensando en comprar una vivienda...

Agente – Muy bien...

Cliente – Acabamos de tener nuestro segundo hijo y empezamos a estar un poco apretados.

Agente – Lo entiendo perfectamente. Cuanto más pequeña es una casa, más espacio ocupa, ¿verdad?

Cliente – Sí...

Agente – Perfecto... Y... ¿qué clase de planeta busca?

Cliente – No demasiado grande, porque mi presupuesto tiene un límite. Pero que sea cómodo para cuando crezcan los niños.

Agente – Déjeme ver qué puedo ofrecerle. (*Teclea en el ordenador y observa la pantalla.*) ¿Qué le parece este? No es enorme, pero tiene dos lunas. Ideal para una familia.

Cliente (*leyendo*) – «Necesita una puesta a punto». ¿Qué significa exactamente?

Agente – Que la temperatura de la superficie es un poco elevada...

Cliente – ¿Cuánto?

Agente – Puede alcanzar los doscientos grados en verano... Pero siempre puede poner aire acondicionado para toda la atmósfera.

Cliente – No soporto el aire acondicionado...

Agente – Y es muy luminoso. Un planeta muy cercano a su estrella.

Cliente – Será por eso por lo que parece un horno... ¿Y este otro?

Agente – Ah, sí. También precioso. Encanto de otra época. Tiene mucha personalidad.

Cliente – Necesita reformas...

Agente – No incluye agua ni atmósfera, pero hoy en día eso no supone una reforma importante. Para algunas mejoras incluso hay desgravaciones fiscales. Y a este precio...

Cliente – Preferiría no tener que hacer reformas.

Agente – Para entrar a vivir, claro. A mí tampoco se me da muy bien el bricolaje... A ver... ¡Ah, creo que tengo justo lo que necesita! Acaba de salir al mercado. Mire esto...

Cliente – Es muy azul, ¿no?

Agente – Es la piscina. Pero fíjese bien. El jardín está muy verde. Y en cada polo hay un frigorífico. Están empezando a descongelarse, por eso la piscina se desborda un poco, pero con un pequeño ajuste del termostato quedará resuelto...

Cliente – Pues la verdad es que no está mal...

Agente – Un entorno natural precioso. A menos de cien años luz de aquí...

Cliente – ¿Dónde está exactamente?

Agente – Está un poco apartado, es verdad. Pero a cambio es muy tranquilo. En el sistema solar...

Cliente – ¿El sistema solar?

Agente – La Vía Láctea. Le sonará, ¿no?

Cliente – Vagamente...

Agente – Podría ofrecerle algo más céntrico, claro, pero le saldría más caro. Un planeta como este, con su propia luna... Es verdad que a la luna habría que hacerle algunos arreglos, pero puede ocuparse más adelante, cuando los niños sean mayores...

Cliente – ¿Y dice que está para entrar a vivir?

Agente – Agua, gas, energía solar... Y, para darle un toque rústico, hasta tiene algunos volcanes en activo. Quizá haya que deshollinarlos...

Cliente – ¿Cómo se llama?

Agente – Tierra.

Cliente – ¿Tierra?

Agente – Si no le gusta el nombre, puede cambiarlo. Es el número 3211 de la Vía Láctea.

Cliente – ¿Y está disponible de inmediato?

Agente – Creo que todavía quedan unos inquilinos que no pagan el alquiler... Si le interesa, puedo hacer que desalojen el inmueble en un abrir y cerrar de ojos. En cuanto terminemos el inventario podrá instalarse cuando quiera.

Cliente – Tengo que hablarlo con mi mujer, pero... Sí, creo que me lo quedo... Supongo que querrá una señal ahora mismo...

Agente – Así se lo reservo. Ya sabe que estas propiedades son escasas y se venden enseguida...

Cliente – Perfecto...

El cliente saca una tarjeta de crédito. El agente la pasa por una ranura del ordenador.

Agente – ¡Ya está! ¡Bienvenido a su nueva casa!

Cliente – Muy bien. Volveré con mi mujer para los trámites...

Agente – Sin problema. Estamos a su disposición.

El cliente se marcha. El agente coge el móvil.

Agente – No te lo vas a creer. ¡Por fin he conseguido vender la Tierra! Llevábamos una eternidad intentando quitárnosla de encima... ¿Puedes pasarte por allí y dejarla vacía antes de la semana que viene? El comprador quiere instalarse enseguida y esos okupas han dejado todo hecho un desastre... Me da igual cómo lo hagas. Con una buena dosis de insecticida bastará... O de homicida, si lo prefieres... Vale, te lo dejo a ti. Hablamos. *(Cuelga y se frota las manos.)* Bueno, un problema menos...

24. Trinidad

Tres hombres o mujeres, vestidos de la misma manera, salvo por las palabras escritas en sus camisetas: LIBERTAD, IGUALDAD y FRATERNIDAD. Permanecen inmóviles un rato.

Uno – ¿Qué hora es?

Dos – Las tres, como siempre.

Tres – ¿Para qué preguntas? Si siempre son las tres.

Uno – No sé... Por costumbre, supongo.

Otro silencio.

Dos – ¿Sabéis una cosa?

Tres – ¿Qué?

Dos – Al parecer, antes de ser robots, nosotros mismos éramos animales.

Uno – ¿Animales?

Dos – Ya sabéis... Como robots, pero sin que nadie los hubiera fabricado.

Tres – ¿Quieres decir... robots salvajes? ¿Como los que había en algunos planetas?

Dos – Lo dijeron en un programa de televisión.

Uno – Ahora que lo pienso... ¿Quién construyó el primer robot?

Tres – ¿El primer robot?

Dos – El que construyó el segundo.

Tres – Desde luego no fue un animal. ¿Cómo iba un animal a fabricar un robot?

Uno – En el programa hablaban de un eslabón perdido entre los animales y los robots. Una especie de gran simio, pero más inteligente.

Tres – ¡Un mono que construye robots! ¡Qué disparate!

Uno – Sí, tienes razón.

Dos – Además, a nosotros no nos construyó nadie, ¿no?

Uno – ¿No?

Tres – ¡Nosotros creamos todo esto!

Dos – Siempre hemos estado aquí.

Uno – ¿Tú crees?

Dos – ¡Por supuesto! Nosotros también construimos los animales. ¡Como todo lo demás!

Tres – En cualquier caso, nuestro problema no es de dónde venimos, sino adónde vamos.

Dos – ¿Y adónde vamos?

Tres – No tengo ni la menor idea.

Uno – A lo mejor ya hemos llegado.

Dos – ¿Adónde?

Uno – Al final de la evolución.

Dos – Nunca pensé que el fin del mundo tardaría tanto... Se está haciendo eterno, ¿no?

Uno – Eterno y medio.

Tres – Mucho más largo que el principio, desde luego.

Uno – No sé por qué, pero en esas películas antiguas de la tele el fin del mundo siempre ocurría de golpe.

Dos – Mientras que en la vida real no se acaba nunca.

Silencio.

Uno – ¿De dónde habremos sacado estas camisetas ridículas?

Tres – De eso tampoco tengo ni idea.

Silencio.

Uno – ¿Qué hora es?

Dos – Las tres, como siempre.

Tres – ¿Para qué preguntas? Si siempre son las tres.

Uno – No sé... Por costumbre, supongo.

Pausa.

Dos – ¿Y a qué hora estaba previsto el fin del mundo?

Tres – A las tres.

Uno – Ah, claro...

Dos – Entonces ya no merece la pena seguir esperando.

Tres – No.

Se disponen a marcharse.

Dos – A lo mejor hemos acabado convirtiéndonos en dioses.

Tres – Quién sabe...

Se dan la vuelta para salir y dejan ver las palabras escritas a la espalda de sus camisetas: PADRE, HIJO y ESPÍRITU SANTO.

25. No es el fin del mundo

Él está allí. Ella regresa.

Él – ¿Y bien?

Ella – Dos horas.

Él – Dos horas...

Ella – Aproximadamente.

Él – Así que dentro de dos horas todo esto habrá dejado de existir.

Ella – Y nosotros con ello.

Él – Creo que sé cómo debieron de sentirse los dinosaurios justo antes de extinguirse.

Ella – Solo que ellos no sabían lo que se les venía encima.

Él – Dicen que los animales pueden notar un terremoto horas antes de que ocurra. Quién sabe...

Ella – Quizá los dinosaurios presintieron que se acercaba su extinción.

Él – ¿Tienes miedo?

Ella – Ni yo misma lo sé.

Él – Al fin y al cabo, solo es el fin del mundo.

Ella – Si fuera la única que va a desaparecer, estaría aterrorizada. Pero saber que todo se detendrá para todos a la vez... Y que el mundo no continuará sin nosotros...

Él – En cierto modo, no somos nosotros quienes dejamos el mundo. Es el mundo el que nos deja. *(Pausa.)* ¿No habría sido mejor no saberlo?

Ella – Saber o no saber...

Él – En cualquier caso, ahora ya no podemos hacer como si no lo supiéramos.

Ella – Dos horas.

Él – No es mucho tiempo para hacer balance de una vida, ¿verdad?

Ella – Para hacer el inventario antes de una mudanza, puede. Pero para hacer balance de toda la humanidad...

Él – ¿Qué dirías? ¿Balance positivo en conjunto?

Ella – No se trata solo de comparar lo bueno y lo malo. Hay que tener en cuenta todo lo que queda en medio. La materia oscura. La insignificancia. El absurdo.

Él – Si alguien todavía dudaba de lo absurdo del mundo, la insignificancia misma de su final debería hacer tambalear la fe de cualquiera que aún creyese en Dios.

Ella – Te hablarían del Apocalipsis y del castigo divino...

Él – Siempre he vivido según el lema «Después de mí, el diluvio». Nunca pensé que el diluvio llegaría antes de mi muerte...

Ella – Entonces, ¿qué hacemos?

Él – No sé.

Ella – Qué extraño. Muchas veces me he preguntado qué haría si solo me quedara un día de vida. O una hora.

Él – ¿Y bien?

Ella – Tonterías, en el fondo... Escuchar a Callas. Hacer el amor.

Él – Todavía tenemos tiempo para las dos cosas. Siempre que las hagamos a la vez...

Ella – Pero esto es diferente. No se trata de dar sentido a mi propia vida con el tiempo que queda. Se trata de la vida misma.

Él – Podríamos tener un hijo.

Ella – Un hermoso gesto de desafío. Pero completamente absurdo.

Él – Podríamos suicidarnos...

Ella – ¿Para poder seguir diciendo «Después de nosotros, el diluvio»?

Él – Sería un acto de libertad.

Ella – Más bien sería una pose.

Él – Entonces, ¿qué?

Ella – ¿Cómo dar sentido al pasado en un mundo sin futuro?

Él – «Hasta el fin de los tiempos» antes quería decir para siempre. El fin de los tiempos... Creo que por fin hemos llegado.

Ella – ¿Y después?

Él – ¿Puede existir un después tras el fin de los tiempos?

Ella – ¿Tiempos nuevos?

Él – ¿Un nuevo comienzo?

Ella – Un nuevo comienzo no tendría sentido.

Él – Entonces, un comienzo.

Ella – Todo se acaba.

Él – Todo empieza.

Ella – Y todo lo que ha ocurrido dejará de tener razón de ser.

Él – Creo que ha llegado la hora...

Se oye una grabación de Maria Callas cantando. Se abrazan.

Telón

Uno – Entonces, ¿ya está? ¿Se ha acabado?

Dos – En cualquier caso, estamos más cerca del final que del principio.

Uno – Bueno... Supongo que tenemos que irnos.

Dos – Eso parece, sí...

Uno – No ha estado tan mal... ¿Podemos volver?

Dos – Eso...

Uno – ¿Y de verdad no recordaremos nada?

Dos – ¿Para qué volver, entonces...?

El primero va a marcharse, pero, al ver que el otro no lo sigue, se vuelve.

Uno – ¿Usted no viene?

Dos – Tengo que dejarlo todo preparado para la siguiente función...

Uno – Ah, claro... Usted es el...

Dos – El espectáculo debe continuar.

Uno – Que tenga suerte...

El primero se marcha. El otro parece algo desanimado.

Dos – Alguien tiene que quedarse al cargo... A veces a mí también me gustaría cruzar esa puerta, olvidarlo todo... Y regresar una mañana para empezar otra vez desde cero... Como si fuera la primera vez... *(Cambiando de idea.)* ¿Y si de verdad fuera la última? *(Al que se marcha.)* ¡Espera, que voy contigo! *(Intenta salir, pero no encuentra la puerta y se resigna.)* Para mí nunca empezó... Así que nunca terminará... *(Al público.)* Hasta la próxima...

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París – Noviembre 2011
© La Comédiathèque – ISBN 979-10-90908-34-5
<https://comediatheque.net/>